

Diarios de una revolución

Francisco José García Lozano

cine

Abordar un proyecto tan arriesgado como el de narrar la vida de uno los personajes más polémicos y mediatizados del siglo XX como Ernesto Guevara conlleva un difícil ejercicio de objetividad. Entre una visión mitificadora del personaje y una visión crítica del mismo, Soderbergh en ésta Che: el argentino, basada en sus «Recuerdos de la guerra revolucionaria cubana», opta por una visión aséptica del mítico revolucionario. Estamos ante un notable acercamiento histórico, más didáctico que político, a la última gran revolución del siglo XX.

Desde una mirada tan fría como lúcida y tan carente de pasión como llena de pretendida objetividad, debido a su obsesiva dependencia de la palabra del biografiado en toda la cinta, el retrato que se nos ofrece del Che es digno de reconocimiento.

Steven Soderbergh se dio a conocer internacionalmente por el año 1989 con su película *Sexo, mentiras y cintas de vídeo*. La película ganó la Palma de Oro en el Festival Internacional de Cine de Cannes y se convirtió en un éxito comercial a nivel mundial y contribuyó enormemente a la revolución del cine independiente de comienzos de los años 90. *Sexo, mentiras y cintas de vídeo* fue seguida por una serie de películas de poco éxito en taquilla hasta su obra más reconocida y aclamada hasta ahora *Traffic*, que le valió el Oscar al mejor director en

2000. También estuvo nominado ese mismo año por *Erin Brockovich*. Es el único director que ha sido nominado en el mismo año por Mejor Director por dos películas diferentes en los Premios Oscar, los Globos de Oro y los premios del Directors Guild of America.

Ernesto «Che» Guevara ha sido objeto de varias películas, entre las que podemos mencionar *Che!* (1969) de Ri-

se nos narra la vida cotidiana del Che, de los hermanos Fidel y Raúl Castro y del resto de guerrilleros en la selva cubana desde su llegada clandestina a la isla a bordo del barco Gramma, en 1956, hasta el triunfo de la revolución, a finales de 1958

chard Fleischer, con un Omar Shariff encarnando a Che Guevara y a un Jack Plance en el papel de Fidel Castro difíciles de imaginar. Un año antes del *Che!* de Fleischer, el cineasta italiano Paolo Heuschs había dirigido en 1968 *El Che Guevara*, con el español Francisco Rabal interpretando al mítico comandante. Plúmbea película pero que propone un interesante retrato sobre sus últimos momentos, en particular

su peculiar viaje al corazón de las tinieblas bolivianas.

Estas dos películas fueron sendos fracasos, lo cual alejó a la figura del Che Guevara de las pantallas hasta que el cineasta brasileño Walter Salles lo rescató del olvido para *Diarios de motocicleta* (2004), protagonizada por Gael García Bernal como Guevara. La película se basa en el diario de viaje que llevó Ernesto Guevara en su primera gran travesía, a los veintitrés años (1952), en la que junto a Alberto Granado recorrió Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Colombia y Venezuela. El viaje que comienza como una aventura de dos amigos, termina siendo un acicate que moviliza su capacidad de reflexión y provoca la aceptación de compromisos, cuyo desarrollo queda fuera del relato y que continúa en la película que comentamos.

Soderbergh divide su relato en dos partes, siendo ésta la primera. La segunda nos llegará dentro de algunos meses, con el título de *Guerrilla*. Allí nos narrará, entre otros acontecimientos, los últimos días del Che en la selva de Bolivia.

En esta primera parte, Soderbergh apuesta por un claro estilo semidocumental, en el que los aspectos de diseño de producción e interpretación son probablemente sus puntos más fuertes, mientras que la estructura argumental no termina de cuajar, causando una falta de continuidad narrativa.

De esta manera, de modo no lineal, se nos narra la vida cotidiana del Che, de los hermanos Fidel y Raúl Castro y del resto de guerrilleros en la selva cubana desde su llegada clandestina a la isla a bordo del barco Gramma, en 1956, hasta el triunfo de la revolución, a finales de 1958. La cinta mezcla todos estos elementos, alternando el color y el blanco y negro, e imágenes con distinto grano y textura: imágenes de archivo histórico, otras del desarrollo de la revolución cubana, algunas en las que se representa una entrevista al Che, y varias del papel político posterior de éste en discursos como los realizados ante las Naciones Unidas, marcan el itinerario que nos propone el director.

La película huye constantemente de justificaciones innecesarias o de explicaciones partidistas. Simplemente se limita a mostrarnos cómo pudieron ser aquellos días en los que los ideales de unos cuantos revolucionarios cubanos lograron captar la atención del mundo occidental y poner delante de sus ojos las miserias del pueblo. De ahí que *Che: el argentino* tenga sus mejores virtudes en los muchos apuntes naturalistas, costumbristas, cotidianos, diarios, de los revolucionarios, con la camaradería, la amistad, la valentía como trasfondo, al igual que tampoco faltará un apunte en el que la falta de escrúpulos de unos pocos mostrará la otra cara de la revolución, olvidando los ideales que les movieron allí.

Como narración histórica ya hemos mencionado que, gracias al estilo semidocumental, la película funciona sobradamente alejada de toda espectacularidad y efectismo. Asimismo, la excelente interpretación de Benicio del Toro, lejos de todo histrionis-

*no estamos ante un film bélico,
la batalla en Sierra Maestra
o la toma de Las Villas están
en función de mostrar esa
cotidianidad del grupo de
guerrilleros centrándose
fundamentalmente en las
conversaciones que mantiene
el Che con sus subalternos*

mo y exageración, aporta unas dosis sumamente convenientes de necesaria credibilidad, aunque se le podría exigir un poco más de roturación emocional. El Che aparece como un hombre corriente en unas circunstancias extraordinarias. El mismo hombre que cuida de sus hombres, es el mismo que ordena no maltratar a los prisioneros e igualmente es el hombre que reconoce que su revolución fusila y seguirá fusilando a todo aquel que no la acepte. De ahí la hondura del discurso del Che en la asamblea general de las Naciones

Unidas en cuanto discurso político, como las duras críticas que recibió por parte de los representantes de algunas dictaduras latinoamericanas allí representadas como Nicaragua o Panamá.

Igualmente hay que reseñar el excelente trabajo de todos los actores, que realizan sus papeles soberbiamente, aunque destaca de forma especial Demián Bichir en su interpretación de Fidel Castro.

Estrictamente no estamos ante un film bélico, la batalla en Sierra Maestra o la toma de Las Villas están en función de mostrar esa cotidianidad del grupo de guerrilleros centrándose fundamentalmente en las conversaciones que

mantiene el Che con sus subalternos, su obsesión por dar ejemplo, su proverbial entrega, su arraigado sentimiento de solidaridad o su despiadado e implacable sentido de la justicia. Poco a poco la película, en su última hora, coge ritmo gracias a la toma de la población de Santa Clara, vital para que se hicieran definitivamente con el poder del país, llegando a cotas de muy buen cine.

Primera parte de un díptico, de ahí que estemos ante un film sin final y, por tanto, difícil de evaluar independientemente. Sin embargo, sólo por la dificultad intrínseca de sacar adelante una película sobre la figura del Che, merece ser reconocido el esfuerzo de Steven Soderbergh. ■